

Los calendarios mexicanos del siglo XIX, una publicación popular

Dentro del estudio de la prensa y los impresos del siglo XIX hay algunos aspectos que han sido desarrollados con especial atención.¹ Unos se han centrado en el propio objeto, el impreso, analizando su tipología, periodicidad o contenido, tanto del texto como de la imagen. Otros han atendido al emisor ya sea el autor, el editor o el responsable de la publicación, e incluso el impresor, para profundizar en su tendencia o intención. Una tercera vertiente de estos trabajos se ha abocado a la recepción de las obras, a quienes estaban dirigidas y el impacto que pudieron tener entre el público.

Este artículo se centra en este último aspecto tomando como objeto de estudio los calendarios, un género que se desarrolló con gran fuerza en el siglo XIX en México. Al analizar su evolución y su demanda, en parte debido a su precio y a su utilidad, podemos considerar que el calendario constituyó una publicación de carácter popular, dirigida a una amplia comunidad de lectores que intentaba abarcar a toda la población.

Para ello hay que tener en cuenta la situación específica del país que en el siglo decimonónico empezó su andadura independiente y buscó configurarse como una nación. En 1821 México rompe con la metrópoli española, y tanto los privilegios como también las cortapisas de la prensa novohispana se terminaron; tal es el caso de la exclusividad de imprimir determinada obra o la censura previa, entre otros aspectos.

* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

¹ Habría que mencionar los clásicos estudios de Carmen Castañeda sobre la imprenta en el siglo XIX, los coloquios llevados a cabo por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM y el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, *Empresa y cultura en tinta y papel*, 2001, y *Tipos y caracteres: la prensa mexicana*, 2001, o el proyecto coordinado por Laura Suárez de la Torre, *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México*; también cabría señalar las publicaciones coordinadas por Celia del Palacio y Adriana Pineda para estudios de la prensa en los estados, así como obras monográficas sobre impresores, entre las que destacan las dedicadas a Ignacio Cumplido de Irma Lombardo García, María Esther Pérez Salas y Arturo Aguilar.

Como bien ha señalado Nicole Girón, en su estudio sobre la folletería mexicana del siglo XIX,² en el México independiente se da un auge de las publicaciones periódicas y las imprentas proliferan en la primera mitad de siglo, algunas de ellas con una producción muy importante tanto numéricamente como por su permanencia a lo largo de la centuria. Así, en el periodo de 1821 a 1853, la ciudad de México contaba con más de 200 imprentas,³ la mayoría eran pequeños talleres de corta duración y dedicados a elaborar hojas volantes, convites o folletos; en cambio, otros iniciaron una actividad empresarial que abarcó casi todo el siglo, como el de Ignacio Cumplido, Vicente García Torres, José María Fernández de Lara, Manuel Murguía, etcétera.

Entre las publicaciones de mayor demanda se encuentran los *Calendarios*. Se trata de pequeños impresos que dan cuenta del registro del paso del tiempo, mes a mes, como su propio nombre lo indica. Aunque su origen se remonta al siglo XV en Europa, sin embargo adquieren un amplio desarrollo en el siglo XIX.

Desde el siglo XVII circulaban en Nueva España pequeños folletos de carácter astronómico, llamados lunarios, pronósticos, calendarios o almanaques; entre ellos, los más famosos son los de Carlos Sigüenza y Góngora, todos estrechamente ligados con el mundo científico y con la astrología.⁴ Sin embargo, el origen del *Calendario*, inicialmente como un complemento a las

Guías de forasteros, podemos situarlo al final de la época virreinal, con el impresor Felipe de Zúñiga y Ontiveros,⁵ quien obtuvo en 1774 un privilegio otorgado por el virrey Antonio María Bucareli, en nombre del monarca español Carlos III, para imprimir en exclusiva la *Guía* y el *Calendario*, y responde a la versión novohispana de la *Guía Oficial de España*.

Con la Independencia, al inicio de la década de 1820, los sucesores de Zúñiga pierden el monopolio real de imprimir ese calendario manual, y otros editores empiezan a incursionar en este género, hasta que paulatinamente los más importantes impresores del momento prepararon año con año su calendario.

Características

Los primeros calendarios se denominaban Calendario Portátil al hacer referencia a su tamaño, casi verdaderas miniaturas de no más de 7 cm de alto por 5 de ancho. A partir de 1826, estos impresos aumentaron de tamaño y pasaron a llamarse Calendarios Manuales de 10 × 7 cm. En 1831 perdieron esta denominación y volvieron a aumentar un poco sus dimensiones, se establecieron entre 12 o 15 cm de alto por 8 o 9 de ancho. En cuanto a su extensión, en 1835 Martín Rivera había incrementado el número de páginas de su calendario a 64, cuando los otros tenían alrededor de 50. Para 1839 Lara sacó un calendario con 64 páginas y en 1840 Cumplido también aumentó las páginas, de 36 a 48, que para 1841 se convirtieron en 60, al igual que Galván, que incluyó 64 páginas ese mismo año. Estas características se van a mantener a lo largo de la centuria.

Estas obras constan de una cubierta tipográfica

² Nicole Giron Barthe, "El entorno editorial de los grandes empresarios culturales: impresores chicos y no tan chicos en la ciudad de México", en *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/UNAM, 2001, pp. 51-59.

³ Anne Staples, "La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente", en *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, 1997, p. 118; datos basados en el *Catálogo de la Colección Lafragua* de Lucina Moreno Valle.

⁴ José Manuel Quintana, *La astrología en la Nueva España en el siglo XVII*, México, Bibliófilos Mexicanos, 1969, 279 pp.

⁵ Desde 1856 empezó a publicar un pronóstico, y calendario y a partir de 1861 publicó un calendario independiente.



Figura 1. a) *Calendario de Ignacio Cumplido para 1840*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1840, Biblioteca Rafael García Granados, Fondo Alzate, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. b) *Calendario de Ignacio Cumplido para 1845*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844, Biblioteca Rafael García Granados, Fondo Alzate, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. Foto: Ernesto Peñaloza.

ca, generalmente impresa en un papel de color, y una portada interior donde se proporciona información más completa sobre la publicación, como el editor y su dirección, el taller de impresión y el ajuste al meridiano correspondiente; este último dato aparece consignado en los calendarios con una clara referencia al origen astronómico. Todos estos calendarios mantendrán una estructura muy semejante con secciones fijas a lo largo de todo el siglo XIX, lo que constituye la parte esencial de esta publicación; es lo que guía al lector y justifica su nombre. Éstas son: cómputo eclesiástico, fiestas movibles, témporas, notas cronológicas —donde se mezclan noticias de historia universal y de México, referencias bíblicas y religiosas, adelantos técnicos, etcétera—, eclipses y unas notas explicativas para entender los símbolos del santoral. Es común que se destaque, en

diciembre, la festividad de la Virgen de Guadalupe con un soneto u otra forma poética en su honor y, a veces, una estampa.

Junto a esta parte medular es frecuente contar con algún otro tipo de información de interés general. Si bien en un principio los temas tratados, y por ende sus ilustraciones, tenían un carácter religioso y científico; es en esta centuria decimonónica cuando su contenido se amplía y se convierten en breves obras misceláneas de carácter popular donde se incluye lo literario, lo histórico, lo narrativo o lo curioso, y, a partir de mediados del siglo, derivan en publicaciones de entretenimiento, muchas de ellas de contenido político y de carácter jocoso.

Poco a poco los calendarios se van haciendo más atractivos, no sólo en la variedad de contenidos sino también en su forma, decorando sus



Figura 2. a) *Calendario Nigromántico para 1862*, México, Imprenta de Manuel Murguía, 1862. Biblioteca Rafael García Granados, Fondo Alzate, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. b) *Calendario divertido para 1865*, México, Imprenta de Aguilar y Ortiz, 1865, Biblioteca Rafael García Granados, Fondo Alzate, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. Foto: Ernesto Peñalosa.

portadas, buscando nuevos elementos tipográficos que lo engalanan y sobre todo reproduciendo un mayor número de grabados y litografías de muy diversos temas (figura 1).

Desarrollo del género

En el desarrollo del calendario se puede marcar una evolución distinta en la primera y segunda mitad de siglo. En un primer momento, con la Independencia, ante la libertad que tuvieron los impresores de producir cualquier tipo de obras, hizo que muchos se animaran a realizar sus propios calendarios, vista la demanda de ese producto, y les imprimieron su nombre y, en la mayoría de los casos, participaron directamente en la elaboración del mismo; como por ejemplo el calendario de Galván, de Fernández de Lara,

de López, de Cumplido, de Murguía, entre otros. A través de ellos, estos personajes, verdaderos empresarios culturales del momento, van mostrando sus inquietudes y preocupaciones. Seguramente constituía un pequeño divertimento que les permitía a lo largo del año ir recogiendo noticias para hacer de esta publicación un producto atractivo y original.⁶

Para la segunda mitad de siglo comenzaron a publicarse calendarios que muestran en el título, el tema o la especialidad a quienes va dirigido, como el *Calendario de los agricultores, de los artesanos, de la cocinera mexicana, de los niños*, o el

⁶ Sobre los calendarios y sus imágenes en la primera mitad de siglo XIX, véase María José Esparza Liberal, "Los calendarios y la gráfica decimonónica como expresión visual del acontecer político y social en México. 1821-1850", tesis de maestría en Historia del Arte, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2004, 250 pp.

Calendario mercantil, liberal, político, religioso, etcétera, y hasta contar con más de 180 títulos distintos, y en estos casos es un mismo editor quien prepara varios calendarios.⁷ En definitiva, hay una nueva manera de entender la producción: de los calendarios de autor se pasa a la multiplicidad de los calendarios temáticos de un mismo editor; de lo personal a lo comercial, y de la instrucción al entretenimiento (figura 2).

De los más de 1 300 calendarios que se conservan en la Biblioteca Nacional,⁸ podemos señalar cuál fue la evolución numérica de este tipo de impresos (figura 3). En la primera mitad de siglo se consolidó y definió el género, para que en la década de 1850 se produzcan más calendarios de los realizados en toda la época anterior. En el periodo de 1860-1869 se duplicó la producción con más de 480 calendarios, con años como 1865 y 1867 que los títulos producidos, sólo en la ciudad de México, abarcaron más de 60; la década siguiente inició un declive, pero manteniendo una producción importante, casi llegando a equiparse con los años cincuenta con 291 obras. A partir de ese momento su número disminuyó, editándose un promedio de 15 calendarios anuales (un total de 168, entre 1880 y 1889) y en el siguiente periodo que abarca el final del siglo, continuó el declive con 101 calendarios (figura 3).

Sin embargo, la abundancia de estos calendarios, sobre todo a partir de la década de 1870, significó una merma en su calidad y riqueza visual; los grabados y las litografías escasean, las portadas se hacen más sencillas e incluso los conteni-

⁷ Un buen ejemplo es Manuel Murguía, quien en 1860 saca 16 modalidades de calendarios, y las imprentas de Nabor Chávez, José María Aguilar y Andrade y Escalante, cada uno edita seis calendarios con títulos distintos en ese mismo año.

⁸ Otros repositorios que contienen una importante variedad de calendarios son la biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia y la biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

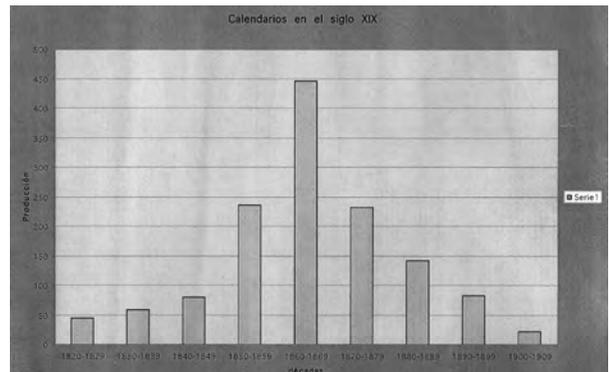


Figura 3. Gráfica que muestra la cantidad de calendarios.

dos no tienen la riqueza y variedad de los calendarios anteriores.

Sobre este particular hay que hacer una salvedad: México no es un ejemplo excepcional, sino el aumento de la variedad de calendarios en el siglo XIX lo podemos encontrar también en otros países europeos como Francia, Alemania, España y también en Sudamérica, en donde en Argentina se produce una gran cantidad de calendarios o almanaques.⁹

Por otra parte, en un primer momento los calendarios presentan un interés por informar, pero a medida que avanza el siglo es más patente la intención de instruir y es esta palabra, “instrucción”, la que frecuentemente aparece en el prólogo de algunos de estos impresos, tal como dice Leandro J. Valdés en 1851 para su *Calendario de la democracia*:

La emulación y competencia entre autores y editores ha proporcionado al público la ventaja de que el Almanaque no sólo sirve al presente para saber, como antes, el santo, mes y día en que vivimos, sino que sea un precioso manual de lectura amena e instructiva.¹⁰

⁹ En México el término más utilizado es el de calendario; en otros países, como el caso de Argentina, se prefiere el nombre de almanaques; ambos son la misma publicación.

¹⁰ *Calendario de la democracia dedicado al pueblo mexicano, año de 1851*, primero de su publicación, México, impreso por Leandro J. Valdés, 1950, p. 3.

También José Mariano de Lara, en su calendario de 1846, comenta en los propósitos: “la persuasión íntima de que el mejor método de promover la instrucción es el de mezclar asuntos agradables y aun ligeros a los serios”,¹¹ y Juan Ojeda, en el *Calendario Popular* de 1836 expresa:

[...] ya se sabe que un compendio no puede formar eruditos, mas no es esto lo que se necesita sino que todos los individuos de la sociedad adquieran nociones más o menos extensas pero siempre justas y exactas sobre los objetos que más cercano se tocan.¹²

Sin embargo, para la década de 1860 se busca como finalidad que prime el entretenimiento; Aguilar dice, en su calendario de 1861: “Hemos aumentado la sección recreativa en una cuarta parte más de lo que se ha publicado anualmente.”¹³ Esto mismo se refleja en los propios títulos de los calendarios que adoptan nombres muy elocuentes como: Calendario de las adivinanzas, de las barbaridades, del buen humor, burlesco, cómico, de cuentos de duendes y aparecidos, charlatán, divertido, jocoso, joco-serio, mágico y de suertes, del oráculo, de la risa, satírico, del suertista, entre otros.

Circulación del calendario

Con todo, se sabe poco de su circulación o el número de lectores, y más bien sólo hay datos aislados, pero que permiten valorar este género. Uno de ellos es el precio; en los inicios el calendario costaba medio real, y desde 1843 a 1857 costaba un real la unidad, cifra que nos señala que el costo era bajo y, por lo tanto, bastante accesible para la mayoría de la población.¹⁴

¹¹ *Octavo calendario de José M. Lara para 1846*, México, imprenta del autor, calle de la Palma núm. 4, p. 3.

¹² *Calendario popular para el año bisiesto de 1836*, arreglado al meridiano de México, México, impreso por Juan Ojeda, calle de la Escalerilla núm. 2, p. 2.

¹³ “Calendario de Aguilar para 1861”, anuncio.

¹⁴ *Calendario de Ontiveros*, 1843, 1844 y 1845; *Calendario de*

Comparando este precio con otros de la época, y teniendo en cuenta que ocho reales formaban un peso, para 1842 el sueldo de una recamarera era de 3 o 4 pesos al mes, es decir, 24 o 32 reales, y el de un cochero de 15 pesos; por otra parte, con 1 peso y medio se podía adquirir un pavo.¹⁵

Con respecto a los precios de otras publicaciones, el periódico *El Siglo Diez y Nueve* hasta 1845 costaba un real. Las revistas ilustradas eran más caras; *El Mosaico Mexicano* de Cumplido valía cuatro reales por el número suelto o tres pesos por bimestre. Por todo ello, podríamos pensar que el precio del calendario no era demasiado elevado y era además un gasto que se hacía una vez al año. Estaba, además, contemplado el precio por docena, gruesa y millar, por lo que muchas veces se adquirirían estos calendarios al mayoreo, con un precio más bajo, para una venta posterior al menudeo o detalle. Incluso hay esfuerzos de algunos calendaristas de llegar a un público mayor, ofreciendo un calendario más sencillo en contenido, como el de Antonio de la Torre que costaba medio real:

Para proporcionar a esta clase de personas [...] que no pueden comprar los calendarios que se venden a real, se ha hecho la publicación de éste, en caracteres de buen tamaño, y dándose cada ejemplar a medio.¹⁶

También, algunos años en la prensa se anunciaba para diciembre una “barata de calendarios”, a mitad de precio.¹⁷

Ignacio Cumplido, 1847 y 1851; *Calendario de los Polvos de la Madre Celestina*, 1857, todos ellos señalan que su precio es de un real.

¹⁵ Datos proporcionados por Branz Mayer, *México lo que fue y lo que es*, México, FCE, 1953, p. 501, donde se incluye un apéndice sobre precios de productos y servicios.

¹⁶ *Calendario de Antonio de la Torre para el año bisiesto de 1844*, México, impreso por M. Arévalo, calle del Venero núm. 12, p. 24.

¹⁷ “Primera barata de calendarios para el año de 1857”, en *Diario de Avisos*, 27 de noviembre de 1856, p. 4.

Es importante también tener información sobre el número de ejemplares que se editaba de los calendarios, debido a que hay varios que mencionan que se trata de segundas y terceras ediciones. Sobre este asunto tenemos varias de referencias: en la portada del Almanaque de C. de las Cagigas de 1851, se señala “Se han agotado 30,000 ejemplares”, pero bien puede tratarse de estrategias de publicidad en favor del calendario, como se comprueba en el hecho de que esta misma portada se repitió en sus calendarios de los tres años siguientes y fue copiada, años más tarde, en 1867 para el *Calendario Charlatán* (figura 4). Hay otro dato que proporciona Juan Ramón Navarro en su *Calendario* de 1849, quien en la introducción relaciona los trabajos que se realizan en su imprenta y comenta: “cuatro calendarios, que en este año salen de mis prensas, con 100 mil ejemplares”,¹⁸ es decir, se realizaban 25 mil unidades por calendario. También en el anuncio para el *Calendario de D. Junípero de 1861* se señala que del calendario del año anterior “se agotaron quince mil ejemplares en tres meses”.¹⁹ Además, cuando Mariano Galván, agobiado por las deudas, vende su imprenta a Vicente García Torres en 1841, menciona 700 a 1 000 impresiones diarias de su calendario,²⁰ lo que supone un volumen muy grande de estos impresos. Un último ejemplo corresponde al *Calendario impolítico y justiciero* de 1854, que publica en el forro una caricatura titulada “Máquina de hacer diputados” y se venden 20 000 ejemplares por lo que se tiene que hacer otra tirada de 8 000, que rápidamente se agota como señala Niceto de Zamacois.²¹

¹⁸ *Tercer calendario de Juan R. Navarro arreglado al meridiano de México para 1849*, México, Chiquis núm. 6, s. p.

¹⁹ *Diario de Avisos*, 1 de octubre de 1860, p. 4.

²⁰ Archivo General de Notarías de la ciudad de México. Notario Ramón de la Cueva, vol. 995, f. 267.

²¹ Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, t. XIII, Barcelona/México, J. F. Parrés y Comp., 1876-1902, p. 617.

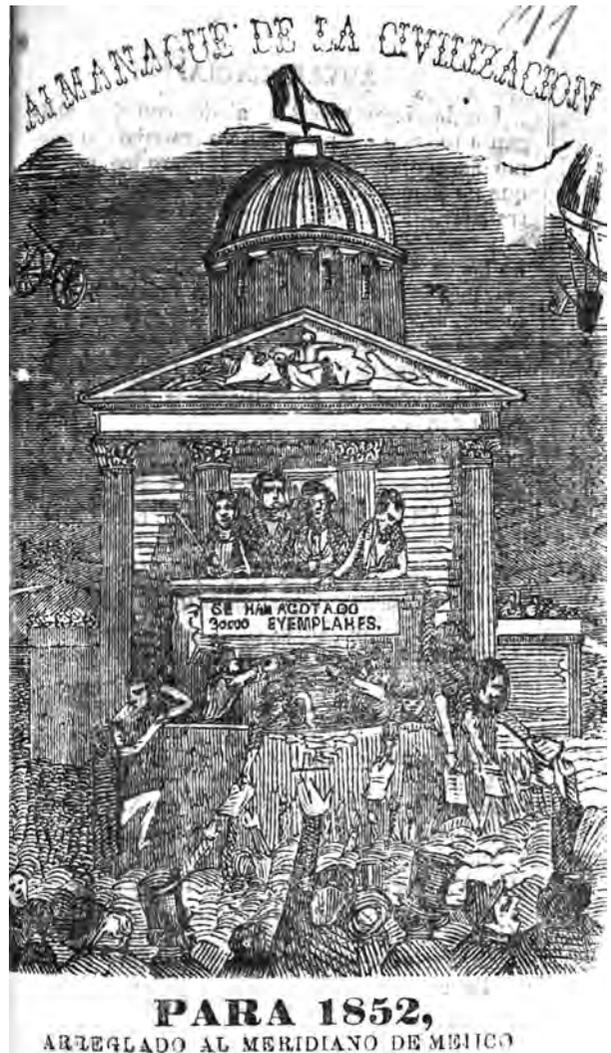


Figura 4. *Almanaque de la civilización para 1851*, México, C. de las Cagigas, 1851, Biblioteca Rafael García Granados, Fondo Alzate, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. Foto: Ernesto Peñaloza.

Sin duda son números muy altos de ejemplares para lo que se acostumbraba en esa época, y más si lo comparamos con otras publicaciones; por ejemplo, los periódicos al mediar el siglo, según Guillermo Prieto, tenían 200 suscriptores y veíase el hecho como un prodigio.²² Otra referencia la proporciona José Joaquín García Icazbalceta al hablar de la situación de la imprenta en 1855, donde comenta: “Pero siendo tan cortas las tiradas,

²² Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Porrúa, 1996, p. 156.

que a excepción de los periódicos rara vez pasan de los 500 ejemplares y muchas veces no llegan a este número, de que sólo una parte se vende.”²³

Por otra parte, las revistas ilustradas, cuyo mecanismo para garantizar su venta al igual que los periódicos, era por medio de la suscripción, contenían al final de cada volumen las lista completa de las personas suscritas a la obra, lo que nos proporciona una información adicional de relevancia porque no sólo se puede saber quiénes eran los que adquirirían dichas revistas, sino que permite hacernos una idea del tiraje que tenía la publicación, con un promedio entre 1 000 y 1 500 ejemplares. Por poner dos ejemplos, *El Semanario de las Señoritas Mexicanas* de Vicente García Torres en 1840 contaba con 1 120 suscriptores, y *El Museo Mexicano* de Ignacio Cumplido en 1844 tenía 345 abonados en la capital y 887 en los estados del interior; es decir, un total de 1 232.

Con respecto a los libros, publicación de mayor envergadura, hay anuncios de los editores en los periódicos que nos hablan del éxito de determinadas publicaciones que les obliga a realizar otras reimpresiones. *El Quijote de la Mancha* de 1842, editado por Ignacio Cumplido, pasó de un tiraje inicial de 2 000 ejemplares a 3 000 para satisfacer la demanda del público, o la primera edición de *Calvario y Tavor* (1868), de Vicente Riva Palacio constó de 6 000 ejemplares que se agotaron en un mes.

Para darnos una idea de la recepción, son frecuentes los testimonios del público a quien estaban dirigidas estas publicaciones y los alcances de los receptores. Así, Ignacio Cumplido en 1845 señala:

Se ha procurado que el presente Calendario reuniese lo útil y lo agradable; que fuera *inteligente*

para todos y que pudiese hallar cabida lo mismo en el suntuoso salón del rico que en el humilde jacal del pobre; así en la mesa del literato como en la del jornalero.²⁴

Un año después, José María Lara apunta: “Destinado su calendario, por su propia naturaleza, a ser leído por toda clase de personas, desde los más instruidos literatos hasta los artesanos de más reducidos conocimientos”,²⁵ y en el primer calendario que editó Rafael de Rafael en 1849, y que denomina pintoresco, dice:

El Calendario es el libro del pueblo, el pasatiempo del rico, la biblioteca del pobre, la enciclopedia del que no tiene libros [...] Hoy el Calendario es el centinela avanzado de la civilización, es una verdadera obra literaria, destinada no sólo a recrear al pueblo sino también a instruirle.²⁶

Además contamos con otras fuentes sobre lo enraizado que estaba entre la población. Guillermo Prieto lo califica como “manual de las alcobas y de las cocinas, que salta del brasero al tocador y de la tienda mestiza a la sacristía”, o también como “retacería de erudición”.²⁷ Incluso el escritor relata que a la muerte de su padre en 1831, y con la pérdida de la razón de su madre, él es acogido en la casa de unas señoras que vivían honrada y pobremente de sus costuras, y en ese hogar se aficionó a la lectura de los calendarios: “En aquel ocio no sé por qué casualidad di con un alto de calendarios

²⁴ *Décimo calendario de I. Cumplido arreglado al meridiano de México para el año de 1845*, impreso por el propietario en la oficina a su cargo, calle de los Rebeldes núm. 2, s. p.

²⁵ *Octavo calendario de José M. Lara para el año de 1846 arreglado al meridiano de México*, Imprenta del autor, calle de la Palma núm. 4, p. 3.

²⁶ *Calendario pintoresco de R. Rafael para el año de 1849*, México, tipografía de R. Rafael, calle de la Cadena núm. 13, p. 3.

²⁷ Guillermo Prieto [Singularidad de los almanaques], *Obras completas III, Cuadros de costumbres*, México, Conaculta, 1993, p. 442. Publicado por primera vez en *El Siglo Diez y Nueve*, lunes, 16 de diciembre de 1878, p. 1.

²³ José Joaquín García Icazbalceta, “Tipografía Mexicana”, en *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, México, Andrade, 1855, t. V, p. 977.

que formaban la biblioteca de la casa, único elemento intelectual de la familia.”²⁸

De la difusión de los mismos hay otras dos importantes referencias. Una se trata del texto que José María Rivera escribe en la obra *Los mexicanos pintados por sí mismos* en 1855 refiriéndose al mercero, la cual da información de la forma de venta (figura 5):

No había transcurrido una hora cuando aquellos seis libritos (de los cuales cada uno de ellos contenía el cargo y data de la vida), se habían convertido en otros tantos reales, que poco después se transformaron en una docena de almanaques, elevando así mis mercancías a ¡un par de pesos! A las 24 horas mi capital se componía de tres papeles de agujas de taladro; un mazo de abalorios; una docena de bolitas ensartadas en una varita; siete calendarios y en efectivo ¡cinco duros!

El calendario, origen de mi fortuna, contenía varios artículos y entre ellos uno que le granjeó la prohibición de su venta. Como sucede siempre el anatemizado almanaque aumentó su valor para ciertas personas aficionadas a lo vedado, las cuales me lo compraron hasta por cuatro tanto más de lo que valía, y bajo el pretexto de leer un artículo que describía la Semana Santa en Roma. ¡Cosa rara!, los lectores más impíos querían saber cómo se solemnizaba la Semana Mayor en la metrópoli del cristianismo, y hubo un pedazo de alcornoque tan entusiasta que llegó a ofrecerme el valor íntegro de diez calendarios a cambio del prohibido.

Por desgracia no me quedaba ni uno sólo. Yo había pregonado inocentemente el calendario, lo cual hizo que le vendiera como nadie, teniendo la fortuna de no dar en manos de los esbirros encargados de recogerle.²⁹

La otra noticia la proporciona José Zorrilla, el famoso poeta español —quien estuvo en este país entre 1855 y 1866— en un texto titulado *Flor*

²⁸ Guillermo Prieto, *Memorias...*, *op. cit.*, p. 21.

²⁹ José María Rivera, “El mercero”, en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Querétaro, Autores de México, 1986, vol. II, p. 145.



Figura 5. “El mercero”, en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, Imprenta de Manuel Murguía, 1855. Foto: Ernesto Peñalosa.

de los recuerdos de 1857, donde consigna las primeras impresiones de su estancia en México; ahí comenta:

Hay otro género de literatura indígena³⁰ de este país, pues no la he hallado en ninguno de los que yo he recorrido [...] el de los calendarios.

Un editor, un impresor, no importa quien, propone como base de una pequeña especulación hacer un calendario. Para darle interés y valor comercial, añade a las doce hojas que ocupan los

³⁰ Es extraño que Zorrilla haga esta afirmación y trate a los calendarios como un género de literatura “indígena”, e incluso afirma que no la ha hallado en ningún otro país. En España existía en sus tiempos una importante producción de calendarios muy diversos y abundantes, al igual que en otros países de Europa.



Figura 6. Variedad de calendarios. Foto: Ernesto Peñaloza.

nombres de los santos de los doce meses del año, 40, 50 y hasta 100 páginas, las cuales reimprime lo que le parece más a propósito para llamar la atención, bajo los títulos y epígrafes más excéntricos que se le ocurren... Estos librejos, vendidos a precios muy bajos, únicos que están al alcance de la gente pobre, corren entre el pueblo y son llevados por los buhoneros ambulantes a los pueblos, ranchos y haciendas, y no hay en casa en donde no halle usted tres o cuatro.³¹

No sólo es el precio de estas publicaciones lo que hizo que se convirtieran en un producto de gran demanda y esperado por el público, pues desde el mes de julio empezaban a aparecer las primeras notas en la prensa anunciando el calendario del año siguiente, sino también por el sentido utilitario que tenía (figura 6).

Calendario útil

En una sociedad de fuerte raigambre religiosa, el calendario señalaba las obligaciones, fiestas y pre-

³¹ Tomado del libro de Isabel Quiñónez, *Mexicanos en su tinta*, México, INAH, 1994, pp. 91-93, que se trata casi del único estudio de los calendarios mexicanos del siglo XIX donde nos da una visión completa de este tipo de publicación.

ceptos religiosos, muchos de los cuales cambiaban cada año, dado que la liturgia católica señala una serie de celebraciones fijas y otras móviles. Estas últimas tienen como fecha principal la Pascua de Resurrección que se fija el domingo siguiente al equinoccio de primavera, y de ahí dependen otras fiestas como el Miércoles de Ceniza, la Semana Santa, la Ascensión, etcétera. Así, el calendario era un instrumento imprescindible dentro de la vida diaria para saber el día en que se desarrollaban estos acontecimientos, y se convierte así en un manual de liturgia cristiana, un instrumento en el que se señalan las actividades que un católico debe cumplir, como lo expresa Cumplido en 1845: “Persuadido el editor que un calendario viene a ser un libro de referencia, especialmente para el buen cristiano [...]”,³² y en 1850 vuelve a insistir en este aspecto: “puede asegurarse que este calendario ofrece para cada día cuanto es necesario, en el orden común y religioso a las familias arregladas y piadosas”.³³ Su lectura o consulta cumplía una función muy específica al ser un manual de casa que colaboraba en la organización de la vida social.

Pero no sólo las fiestas religiosas aparecen consignadas entre las páginas de estos folletos; en menor medida se mencionan los acontecimientos civiles, que nos muestran cómo la sociedad del siglo XIX se va secularizando.

También los ciclos lunares, siempre presentes en el calendario, eran de crucial importancia para una sociedad en su mayoría semiurbana y rural. Las siembras, las cosechas y otras actividades agrícolas tenían muchas veces el referente lunar. Esto es una reminiscencia de los calendarios astronómicos y astrológicos de la época barroca.

³² *Calendario de I. Cumplido para el año de 1845*, p. 3.

³³ “Calendario de Ignacio Cumplido para 1850”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 24 de enero de 1850, p. 4.



Figura 7. *Calendario El Extravagante para 1855*, México, Imprenta de Juan R. Navarro, 1855. Litografía de Decaen. “Las posadas en la alta sociedad y de la clase baja” (inserto), Colección Manuel Toussaint, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM. Foto: Ernesto Peñaloza.

Este carácter de libro útil y necesario, aunado a su precio, hace que el calendario se convierta en el impreso de mayor circulación entre todas las clases de la sociedad; como señala Cumplido en 1851: “No hay libro que circule más generalmente en nuestra sociedad que el almanaque, lo necesario que es para el arreglo de todos los negocios y lo ínfimo de su precio, lo ponen al alcance de toda clase de personas”,³⁴ opinión que comparte Simón Blanquel en su primer calendario de 1852:

Los almanaques de esta clase, tan en boga en Europa, han llegado a ser en México una necesidad, y nosotros [...] en vez de dar un calendario que sólo contuviese las fechas, ayunos, fases de la luna, etc., etc., tenemos el gusto de ofrecer un

libro útil, ameno e instructivo que por su ínfimo precio está al alcance de todas las fortunas.³⁵

Junto a esta parte de utilidad, que ocupa casi la mitad del calendario, se complementa con un apartado misceláneo de breves temas variados, ya sea instructivos o de entretenimiento muchas veces con una clara intención moralizante. La diversidad de estos contenidos, a manera de pequeñas enciclopedias, convierten a los calendarios en una fuente muy valiosa para el conocimiento del pensamiento decimonónico. Por sus páginas aparecieron noticias históricas, desde la antigüedad hasta los acontecimientos del momento, biografías de personajes prominentes y de celebridades, descripciones de ciudades, piezas literarias como la poesía de Carpio, narracio-

³⁴ “Calendario de Ignacio Cumplido para 1851”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 17 de septiembre de 1850, p. 4.

³⁵ “Primer calendario de Simón Blanquel para 1852”, en *El Monitor Republicano*, 22 de agosto de 1851, p. 4.

nes de Guillermo Prieto, artículos de José María Luis Mora, junto con la difusión de otros escritores europeos. Variedad de consejos útiles para el hogar, curiosidades de otros países, manuales de instrucción, reflexiones políticas, textos satíricos y políticos, piezas costumbristas, artículos de carácter científico, informaciones estadísticas, etcétera, todo tenía cabida en estos pequeños folletos (figura 7).

Calendario ilustrado

Por último, otro aspecto que sin duda contribuyó a hacer de los calendarios el producto más popular de buena parte del siglo XIX, además de su precio, su utilidad y la variedad de sus contenidos, fue que contaban con imágenes.

Se ha considerado al siglo decimonónico como el siglo de la imprenta y, junto a ello, se puede hablar de la “explosión de imágenes” que tanto Beatrice Farwell en su estudio sobre la prensa francesa³⁶ como Iving señalan: “probablemente el número de imágenes impresas entre 1800 a 1901 fue considerablemente superior al número total de imágenes impresas antes de 1800”.³⁷ El libro, destinado a una clase alta con cierto poder adquisitivo, entró en competencia con otras publicaciones más baratas, dirigidas a un público cada vez más amplio, pero poco cultivado intelectualmente, incluso casi analfabeta, que prefería el contenido ligero y la presencia de grabados de todo tipo. Es por ello que la imagen es un recurso tan utilizado, propiciado porque las nuevas técnicas gráficas de finales del siglo XVIII (el grabado a contrafibra y la litografía) posibilitaron que las ilustraciones soportaran grandes tirajes de impresión, a costos más bajos.

En estas publicaciones, la ilustración va a formar un binomio inseparable junto con el texto, ya que está concebida como una imagen realizada *ex profeso* para ejemplificar visualmente un hecho, dar luz sobre una narración, evocar un sentimiento, o llamar la atención al lector sobre el contenido del mismo. Aunque tampoco podemos olvidar que existe una clara intención de engalantar o enriquecer un escrito en particular, haciéndolo más atractivo a través de la inclusión de grabados y litografías, las cuales se convierten en un reclamo visual para una mayor venta de la publicación, a la vez que proporcionan otro tipo de información complementaria a la letra impresa.

Además, estas imágenes constituyen una manera de acercarse a diferentes formas de leer. A lo largo de la historia se han ido desarrollando diversas prácticas de lectura, e incluso se puede hablar de distintas comunidades de lectores dentro de una misma sociedad. La lectura individual y en voz baja que se desarrolla en la actualidad tiene poco que ver con la forma que estaba establecida en el siglo XIX, que era mucho más colectiva ya sea en el entorno privado del hogar, dentro de un ambiente femenino, ya sea en una esfera pública, en un ámbito masculino como en las tabernas, en los clubes de lecturas o en las tertulias, en donde una persona leía en voz alta mientras que el resto escuchaba. Es decir, un texto podía tener muchos lectores, incluso analfabetos.³⁸ Esto nos puede ayudar para explicar que pese a que la población en su inmensa mayoría no sabía leer, se produjeron tirajes muy altos en estas publicaciones populares, al existir

³⁶ Beatrice Farwell, *French Popular Lithographic Imagery. 1815-1870*, Chicago, University of Chicago, 1991.

³⁷ W. H. Iving, *Imagen impresa y conocimiento. Análisis de la imagen prefotográfica*, Barcelona, Gustavo Gili, 1975, p. 135.

³⁸ Sobre las transformaciones de los hábitos de lectura es fundamental la obra dirigida por Guglielmo Caballo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2001, 661 pp. Para México, *Historia de la lectura en México*, México, CEH-El Colegio de México, 1988, 383 pp., y en especial el artículo de Anne Staples, “Lecturas y lectores en los primeros años de vida independiente”, pp. 94-125.

otras prácticas culturales para acceder a la comprensión del texto escrito, en donde la lectura comunitaria, la tradición oral y, sobre todo, las imágenes desempeñaron un papel primordial, dado que éstas condensan en un código visual la parte medular de un hecho o una narración, y servían de reclamo o apoyo para la memoria. Montserrat Galí, en su estudio sobre el grabado popular en Cataluña, señala que:

[...] los textos que se imprimían eran conocidos por los futuros compradores. Sabían de memoria no solamente la vida de sus santos preferidos, sino las oraciones, las novenas y los episodios bíblicos. El repertorio profano también era guardado en la memoria colectiva y era transmitido de una generación a otra. Las imágenes eran una referencia, un recurso nemotécnico para ayudar a la memoria.³⁹

Por otra parte, Geneviève Bólleme, en el caso de la *Bibliothèque Bleue*, apunta la existencia de “literatura sin lector”, es decir, que eran adquiridos por personas con escasos conocimientos, pero donde la imagen era fundamental y el texto funcionaba como literatura oral.⁴⁰

Es así que el calendario desde sus inicios se va a acompañar de materiales gráficos. Los realizados en la época virreinal, de Felipe de Zúñiga y Ontiveros, siguieron el esquema de las *Guías de forasteros* madrileñas, y presentaban en su *frontis* el escudo de la ciudad, dibujado por Manuel Tolsá, un plano de la capital de Miguel Constanzó, un mapa de los alrededores, e incluso en algunos casos los retratos de los monarcas, todos grabados sobre metal por José Joaquín Fabregat, director de grabado en lámina. Hay en esos momentos una vinculación del calendario con los profesores de la Real Academia de San Carlos.

³⁹ Montserrat Galí Boadella, *Imatges de la memòria*, Barcelona, Alta Fulla, 1999, p. 41.

⁴⁰ Montserrat Galí Boadella, *El arte en los medios de comunicación*, Madrid, Fundesco, 1988, p. 45, y Geneviève Bólleme, *Le Bibliothèque Bleue*, Paris, Julliard, 1971.



Figura 8. *Calendario de Blanquel para 1861*, México, Imprenta de Blanquel, 1861. Litografía “Una cuadrilla de lanceros” (inserto). Biblioteca Rafael García Granados, Fondo Alzate, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. Foto: Ernesto Peñalosa.

La situación cambia en el siglo XIX y las imágenes serán producidas por artistas anónimos en su mayoría o por talleres comerciales de litografía como el de Ignacio Cumplido, Manuel Murguía, José Decaen, Hipólito Salazar, entre otros. A partir de 1849 y durante la década de 1850 y mediados de los sesenta abundan láminas litográficas que se incluían en el calendario a manera de inserto y al desdoblarse podían aumentar 6, 9, 12 y 15 veces el tamaño del mismo. Esta nueva estrategia comercial en la que se da mayor presencia a la obra gráfica, con litografías de gran formato, buscaba capturar la atención del consumidor ante la multiplicidad de títulos y la competencia entre impresores. Son imágenes de una factura cuidada y que abordan temas muy variados, desde abecedarios, historietas, caricaturas políticas, episodios históricos, avisos morales, vida y costumbres nacionales, etcétera, y constituyen además una fuente documental de gran relevancia (figura 8).

En este apartado sobre las imágenes hay que apuntar sobre el fenómeno de la copia, transferencia, préstamo, influencias y fuentes de los grabados y litografías aparecidos en los calendarios. Para ello hay que partir de que el carácter de “original” no es un principio básico en las publi-



Figura 9. *Calendario de Murguía para 1855*, México, Imprenta de Manuel Murguía, 1855, Litografía "Abecedario" (inserto), Colección Particular. Foto: Ernesto Peñaloza.

caciones decimonónicas; se busca recopilar o reunir artículos de interés general, ya sea publicados en Europa o en el propio país: "No hay que esperar ni ideas nuevas ni artículos de sobresaliente mérito, no es más que una recopilación de materias reproducidas y puestas al alcance de la clase a que se dedica";⁴¹ esto lo declara Leandro J. Valdés en el proemio de su calendario de 1851.

Si esto se hace con los textos, de la misma manera se reutilizan las imágenes y se repiten frecuentemente los diseños de las portadas. Por ejemplo, hay un mismo modelo iconográfico para representar al año nuevo y a las estaciones que tendría una gran vigencia y fue constantemente representado a lo largo de más de cuatro décadas. De igual forma las viñetas que corresponden a los meses, ya sea los signos zodiacales o las labores agrícolas, se repiten año con año de un calendario a otro.

Un caso sintomático se produce tanto en los

⁴¹ *Calendario de la democracia...*, op. cit., p. 3.

calendarios como en las revistas ilustradas de la década de 1840 y es la presencia constante de obras de los artistas viajeros (William Bullock, Elizabeth Ward, Carlos Nebel, Pedro Gualdi, entre otros),⁴² que plasmaron su personal visión al dirigir su atención en el paisaje —urbano y rural—, en las costumbres y habitantes que poblaban el país. En estos momentos los impresores se nutren de estas imágenes en un deseo consciente de mexicanizar la cultura impresa. De ello hay bastantes ejemplos en los calendarios de Galván, de Cumplido y de Murguía (figura 9).

Estos dos hábitos, la copia y la reutilización de estampas, se continuará a lo largo del siglo XIX, y el fenómeno del préstamo de imágenes, a veces con otras técnicas y otros tamaños, con nuevos textos y dirigidos a otros receptores, en

⁴² Arturo Aguilar, "La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 76, México, IIE-UNAM, 2000, pp. 192-204.



Figura 10. *Calendario de Blanquet para 1854*, México, Imprenta de Manuel Murguía, 1854. Litografía de Inlácn, “La creación” (inserto). Biblioteca Rafael García Granados, Fondo Alzate, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM. Foto: Ernesto Peñaloza.

momentos históricos diferentes, sugiere una recodificación de la imagen, que debe ser analizada con mayor detenimiento.

En resumen, encontramos en las imágenes de los calendarios gran variedad de fuentes, unas tomadas del arte que podríamos llamar “oficial” o “culto”, por ejemplo el producido por la Academia de San Carlos, otras de la obra de artistas viajeros que desde muy temprano aportaron una incipiente visión del país y sus componentes, algunas copiadas de otras publicaciones de la época —libros y revistas—, y muchas adquiridas en el extranjero o bien reelaboradas de obras de la gráfica francesa, inglesa y española (figura 10).

También las imágenes, en determinados momentos, van a plasmar acontecimientos que la producción académica ignoró, como el caso de la Guerra contra Estados Unidos en los calendarios de López,⁴³ o bien el calendario fue el vínculo

lo para difundir de manera masiva, de ahí su importancia, la sátira social y la crítica política, como la serie de caricaturas publicada en los calendarios de 1856 y 1857 contra el presidente Antonio López de Santa Anna.⁴⁴

Calendario popular

Una última reflexión sobre el término “popular” con que he caracterizado este género. Si bien es cierto que dicha terminología es problemática, se puede considerar que el calendario no es un producto producido por lo que podríamos denominar una clase popular, sino que es una publicación dirigida hacia el pueblo por hombres pertenecientes a una elite empresarial que mostraron una firme intención de instruir. El arraigo entre el público, el éxito y demanda que tuvieron los calendarios los convirtió en un importante vehículo para extender el conocimiento, a la vez que proporcionó a estos impresores-empresarios importantes beneficios.

Es así que podemos considerar que los calendarios son pequeños impresos, tanto por su tamaño como por su extensión, que además de su función específica de informar al lector de las fiestas y celebraciones (religiosas y cívicas) constituyen una publicación de contenido misceláneo, a menudo acompañada de alguna imagen, y que se convirtió en la versión popular de las revistas ilustradas, y participa con ellas en el deseo de divulgar conocimientos; pero a diferencia de las revistas consiguieron llegar a un público mucho más amplio por lo económico de su precio.

⁴³ Laura Herrera Serna, “La guerra entre México y Estados Unidos en los calendarios de mediados del siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, México, IIE-UNAM, núms. 1 y 2, primer y segundo semestres de 2000, pp. 149-206, y María José Esparza Liberal, “Abraham López, un calendarista singular”, en *Anales del Instituto de In-*

vestigaciones Estéticas, México, IIE-UNAM, 2004, núm. 84, pp. 5-52.

⁴⁴ Rafael Barajas (*El Fisgón*), *La historia de un país en caricaturas. Caricatura mexicana de combate: 1829-1872*, México, Conaculta, 2000, pp. 140-147.